

Arden las humanidades

Ángel López García-Molins
(Universidad de Valencia)

Un mundo nuevo

Hace quinientos años arribaron las naves de Colón a la isla de Guanahaní y el mundo antiguo pasó a enfrentarse a una realidad enteramente diferente, a un mundo nuevo. Las consecuencias son conocidas. Nuevos productos agrícolas y ganaderos, un tráfico de minerales preciosos como nunca se había visto, el desarrollo de un capitalismo financiero también inédito y así sucesivamente hasta llegar a la revolución industrial del siglo XIX. No es frecuente establecer relaciones de causalidad, fuera de la mera coetaneidad de acontecimientos, entre el descubrimiento de América en 1492 y el de la imprenta de tipos móviles en Maguncia en 1455. Sin embargo, es muy dudoso que las naves españolas hubiesen podido culminar su hazaña sin la imprenta y no solo porque las noticias en que se basó Colón para emprender el viaje hacia el oeste le llegaron en forma impresa, sino sobre todo porque la irradiación fulminante de la buena nueva se debió al invento de Gutenberg. Si Colón hubiese regresado a España con algunos pájaros exóticos, un puñado de pepitas de oro y algunos indígenas, y solo se hubiesen enterado en la corte de los Reyes Católicos, lo más probable es que, absorbidos por la vorágine de las guerras europeas, su formidable contribución hubiera sido pronto olvidada. Al fin y al cabo, los vikingos llegaron antes, ya en el siglo X, pero eso fue exactamente lo que les pasó, que no se enteró nadie, porque las sagas de Vinlandia (siglo XIII) se plasmaron en un pergamino y no en centenares de copias como los textos de los descubridores. El descubrimiento de Terranova, geográficamente americana, carece de proyección universal, solo quedó en la memoria de unos pocos escandinavos. El de las islas del Caribe, también americanas, alcanzó a todos los rincones del orbe conocido gracias a la imprenta. Por eso llamarían América al continente, en honor de un extranjero, del florentino Américo Vesputio, quien había impreso dos obras, *Mundus Novus* (1503) y *Carta a Soderini* (1505) donde daba cuenta del descubrimiento; y se hizo a propuesta de otro extranjero, Martin Waldseemüller (1507). Esto siempre ha irritado al orgullo nacional español, que habría preferido la Colombia bolivariana, aunque Colón, todo hay que decirlo, fuese igualmente extranjero. Nunca he entendido esta actitud de campanario: la mejor prueba del éxito de la empresa americana es que todos se apresuraron a participar en ella.

Pues bien, vivimos un momento histórico similar, tal vez sin darnos cuenta. El nuevo mundo digital es, a todos los efectos, el equivalente del descubrimiento de América porque, como este, ha cambiado el orbe de arriba abajo y, además, ha hecho participar del festín a todos sus moradores, solo que ahora se han economizado esfuerzos de manera que la innovación tecnológica y el desvelamiento (*alétheia*) son una y la misma cosa. Un tópico muy extendido compara la revolución digital con la revolución industrial. No diré que no existan analogías, pero quisiera recordar que la revolución industrial no fue un fenómeno del que se siguiesen beneficios para todo el mundo. De hecho el éxito de unos pocos –Gran Bretaña, Alemania, Francia, los Estados Unidos– se basaba en la explotación y el atraso de todos los demás, condenados a suministrar materias primas y a comprar productos manufacturados de importación. Aquí no: la condición necesaria para la revolución digital es que sea capaz de cambiar el mundo, y la condición suficiente que llegue a todos. Ambas condiciones se están cumpliendo con presteza. Importa no confundir el ropaje digital con la digitalidad. Hacer los balances con una hoja Excel y publicitar el producto mediante un buzoneo masivo de correos electrónicos es hacer lo mismo que antes se hacía con un contable y un repartidor de propaganda. Pero dejar que la publicidad la hagan las redes sociales a base de colocar

recomendaciones en el muro de Facebook es entrar en un mecanismo difusor completamente diferente, una irradiación que se basa en lo que en matemáticas se conoce por redes de mundo pequeño (*small world networks*) y que permite llegar a un millón de personas en tan solo diez saltos simplemente con tal de que cada una se lo recomiende a otras diez. También es diferente el fundamento económico: no es lo mismo cotizar en la Bolsa de un país que en todas las bolsas a la vez ni que los empleados no se muevan de su casa ni que los clientes compren instantáneamente ni tantas otras cosas. No digo que todo esto sea bueno, solo que representa un cambio radical. Hay más eficiencia, pero también más individualismo y, consiguientemente, más insolidaridad. Es como si hubiéramos regresado a un mundo, ya no preindustrial, sino incluso preagrícola. Un mundo de pequeñas células aisladas que se ponen en funcionamiento, eso sí, todas a la vez.

¿Qué queda del ser humano, ese objeto del discurso humanístico, en el mundo nuevo de la digitalidad? Nada más descubrirse América, en el Renacimiento, la visión que el ser humano tenía de sí mismo cambió y surgieron las Humanidades y el humanismo. Era una consecuencia de la imprenta: al hundirse Constantinopla (1453), los eruditos que huían de los turcos trajeron consigo los viejos manuscritos de los clásicos y, letra impresa mediante, se difundieron nuevos estereotipos, esencialmente terrenales y no escatológicos. El Aristóteles y el Ovidio del *Quattrocento* no tienen nada que ver con los del *Duecento*, con aquel filósofo ridículo al que montaba una mujer o con aquel poeta llorón. Ahora la imprenta difunde un sentimiento de la naturaleza, una cultura de los afectos y una visión crítica de las jerarquías políticas y religiosas que solo podían glosar Erasmo o Lorenzo Valla, difícilmente Tomás de Aquino.

Pues bien, ahora estamos viviendo una nueva revolución, la de la digitalidad, y el ser humano también ha cambiado, si bien, paradójicamente, el discurso sobre sí mismo no lo ha hecho tan apenas, yo diría que más bien ha enmudecido. Este nuevo ser humano, este nativo digital, es a la vez muy narcisista y muy desvalido.

El nativo digital se mira en el espejo

En el mundo actual ha llegado a ser muy frecuente un fenómeno curioso sobre el que merece la pena reflexionar. En inglés se conoce con el nombre de *selfie*, que suelen llamar *autofoto* en español, pero que podríamos traducir mejor como *mismo* porque lo decisivo no es la autonomía, sino la vuelta sobre uno mismo. Consiste en hacerse uno a sí mismo una foto con el móvil alargando mucho el brazo (o con un bastón) y poniendo una cara y una postura que se ven en la pantalla al tiempo que se aprieta el disparador; a continuación, tras varios intentos para lograr la versión más satisfactoria, se cuelga en Internet y se entrega al flujo proceloso de la red. Los mismos no son ninguna tontería: en Instagram hay cincuenta millones de imágenes marcadas con el *hashtag* *#selfie* y ciento treinta y nueve millones marcadas *#me*. Un estudio realizado en Inglaterra concluye que el 30% de las fotos hechas por los jóvenes ingleses entre dieciocho y veinticuatro años con el Smartphone son *selfies*. Últimamente no hay famoso de la farándula que no se haga un mismo –Miley Cyrus, Jennifer López, Tom Hanks–, pero también entre la gente de respeto, el Rey de España, Obama y hasta el papa Francisco. Ahí es nada. El *selfie* de los Oscar de 2014 que hizo la presentadora Ellen Degeneres está valorado en mil millones de dólares.

Mucho se ha escrito sobre las implicaciones de los selfies para la psicología social y casi todos los estudios coinciden en señalar que son la expresión de un profundo narcisismo. Como Narciso, los autores de mismos se gustan a sí mismos, solo que en vez de mirarse en la superficie especular de un lago se miran en la pantalla de un móvil. Es el progreso. Pero, claro, sucede que dicho móvil está conectado a Internet y entonces, gracias a Instagram, no pueden resistir la tentación de compartir su foto con decenas y hasta miles de personas. Lo cual nunca se le habría ocurrido a Narciso, quien se enamoró de sí mismo, pero no tenía ninguna intención

de enamorar a los demás. En otras palabras, que este narcisismo socializado pertenece a otra dimensión, a una galaxia de gozadores de sí mismos que no tienen empacho en mostrar sus vergüenzas e imponérselas a los demás. ¿Qué buscan con ello? No está claro. No son publicistas empeñados en vender un producto ni fanáticos obsesionados por inculcar consignas, simplemente aspiran a gustarnos, no a que los queramos.

Todo el mundo de Facebook y de Twitter está regido por la lógica acumulativa del *me gusta*. Se cuelga una imagen o un texto breve y si nadie dice estar a gusto con ellos, es un fracaso; si solo les gusta a tres o cuatro (normalmente familiares o amigos cercanos), malo; si a una decena, empieza uno a salir del aprieto; si a una veintena, se considera bueno; y si a medio centenar, genial. Imagínense lo que sentirá nuestro lanzador de mismeos cuando su imagen guste a miles de personas. Lo curioso es que el programa no ha previsto que alguien diga por qué le gusta. Si un texto es una mamarrachada o una barbaridad no por ello deja de cosechar *megustas*: así, un lema políticamente incorrecto, de machismo recalcitrante, puede recoger bastantes *megustas* si sabe formularse adecuadamente, digamos, no en la conocida forma schopenhaueriana de los cabellos largos y las ideas cortas atribuidos a las mujeres, sino simplemente como *#cabelloslargosideascortas?* porque nunca sabremos a qué se refiere el click del gustador, si a que está de acuerdo con la frase, a que pone en duda su veracidad, a que la interpreta como un anuncio irónico de una peluquería, a tantas y tantas posibilidades significativas. Con todo, las imágenes aún resultan más ambiguas. Si en vez de la frase, se cuelga una foto de una chica de largos cabellos y expresión pensativa, habrá quien pinchará el *me gusta* de marras porque reconoce la frase anterior y le atribuye alguno de los tres sentidos citados, pero también quien lo haga porque aprecia la expresión de esa chica o porque está encantado con el vestido que lleva o porque los colores del conjunto son cálidos o por mil motivos impredecibles. En realidad da lo mismo: el contador automático contabiliza el *me gusta* número ciento treinta y siete y eso es lo único que importa.

El mundo de los *me gustas* de Facebook explota el tópico de la plurisignificatividad de la obra literaria hasta el infinito. Y no deja de ser curioso que mientras cientos de profesores han tenido que sudar lo suyo para meter en las cabezotas de sus alumnos que el *Quijote* o la *Lección de anatomía* no significan necesariamente lo que dice el manual, sino que admiten varias interpretaciones, estos mismos alumnos, o mejor dicho, sus descendientes (pues los de ahora no han oído siquiera la novela de Cervantes o el cuadro de Rembrandt) proceden tranquilamente a asignar decenas de valoraciones a cualquier frase trivial de ciento cuarenta caracteres o a una imagen fabricada automáticamente por la cámara del móvil. No vean en estas reflexiones un rechazo del nuevo mundo que estamos viviendo. En primer lugar es el que es y sería absurdo rechazarlo. Y en segundo lugar, la democratización de los contenidos podrá ser cuestionada por su superficialidad, pero no deja de ser multitudinaria, es decir, verdaderamente democrática. Ya sabemos que los ciudadanos de la Atenas de Pericles que se reunían en el Ágora no siempre anduvieron finos en sus decisiones. Pero peor les fue con los tiranos, con el yugo turco, con los coroneles y, me temo, con las recetas neoliberales de Bruselas que los han reducido a condiciones de vida miserables.

Sin embargo, una cosa son los *me gustas* y otra, los mismeos (o *selfies*). El gobierno del pueblo y su máxima “un hombre, un voto” (pasaron más de veinte siglos hasta que “un hombre” significó “un ser humano”, y no un varón) están muy bien, por más que no todos los votantes sean igualmente capaces a la hora de rellenar la papeleta. En los *me gustas* ha ocurrido lo mismo que en la vida política, que la mayoría prefiere mensajes simples y a menudo sin contrastar. Se suele decir que la democracia es el menos malo de los sistemas políticos y, paralelamente, los *me gustas* son el menos malo de los sistemas de difusión cultural. Ahora bien, cuando de lo que se trata es de los mismeos, las cosas cambian porque la imagen que se brinda es la de quien lo está brindando y esto recuerda demasiado de cerca al caudillismo en

política. Los caudillos no piden el voto a un programa y ni siquiera pretenden suscitar la empatía del votante, lo piden para ellos mismos porque sí.

¿Son posibles las Humanidades en la era del *selfie*?

Buena pregunta. Por lo pronto, constatamos que se hallan en decadencia, en una profunda decadencia. Pero no me malinterpreten. No estoy hablando de la falta de presupuesto de los departamentos, de la escasez de salidas laborales de los graduados, del hundimiento de la matrícula, de la imparable proletarización –en el sentido negativo de la palabra: sueldo escaso y clases excesivas–. No hablo de esto porque hemos conocido épocas similares o todavía peores: por ejemplo, en la España de mi época universitaria casi todos los profesores eran “meritorios”, vale decir, no cobraban un céntimo y le daban las clases al catedrático durante decenios hasta que este decidía apoyarles en una oposición; en la Argentina del corralito, que también conocí como profesor visitante en Tucumán, los docentes pasaban literalmente hambre y daban más de diez horas de clase ... al día. No, en estas épocas fuimos pobres, pero no por ello decayó el interés de los alumnos y teníamos conciencia, tanto entre los docentes como entre los discentes, de que nuestro trabajo resultaba imprescindible para la sociedad. Lo de ahora es diferente. ¿Para qué reunir informaciones sobre el pasado si con una hora de navegación por la red se reúnen más materiales sobre cualquier tema que en una semana de consultas en la biblioteca? ¿Para qué comentar un poema de Safo si a lo más que llegan los lectores es a desentrañar los aforismos que se pueden encontrar en un calendario? ¿Que me dicen, que no es lo mismo, que la Wikipedia, el Rincón del Vago y otros repertorios pintorescos de la red son una basura que solo aporta informaciones tópicas cuando no directamente falsas? Bueno, se lo concedo, a veces, solo a veces, así es. Lo que pasa es que realmente no importa porque a nuestros alumnos les da lo mismo. Se ha perdido totalmente la jerarquía del saber, ya no digamos la de los sabedores, y todo vale igual. O lo que es peor: vale igual, pero, en realidad, lo que se dice valer, no vale nada porque resulta gratis. Gratis en cuanto a inversión económica –en el mundo hispánico las descargas gratuitas no se consideran delictivas, sino una especie de derecho-, pero sobre todo gratis en cuanto a esfuerzo intelectual para comprenderlas.

Este mundo tan peculiar ya no es el del megusta, sino directamente el del mismo. El megusta se aplica a algo, texto o imagen, triviales, si quieren, pero comparables a otros productos y, consiguientemente, baremables. Lo que obtiene el mayor número de megustas suele ser paradójicamente una muestra de mal gusto, pero al menos se ha hecho con la intención de suscitar adhesiones por su valor intrínseco atribuido. En cambio, el mismo de imágenes personales no se ha sometido a crítica alguna, no se valora con ningún tipo de criterio, por equivocado que esté, sino que se pretende legitimar a cuenta de la autoría del retratado. Soy yo y no hay nada que añadir: he aquí el mensaje. ¡Si McLuhan levantara la cabeza!: ya no se cumple que el medio sea el mensaje, ahora el mensaje es el mensajero. En estas condiciones, el abismo que separaba a las *Geisteswissenschaften* de las *Naturwissenschaften* se ha vuelto insondable y la dialéctica de las dos culturas de la que hablaba Snow, imposible. De un lado, las Ciencias, donde las cosas son difíciles y cuestan; de otro, las Humanidades, donde todo vale lo mismo y todos tienen derecho a aportar opiniones, desde Alejandro hasta su porquero, desde el profesor más enterado hasta el alumno más ignorante. Total, ¿qué más da?, esto de las Humanidades es un simple juego y, para sus practicantes, un baile de vanidades en el que destaca el que mejor sabe ejecutar los volantines de moda.

Esta oposición valorativa constituía tan solo una opinión personal de Snow en 1959, hoy día casi todo el mundo suscribiría sus palabras:

Son muchos los días que he pasado con científicos las horas de trabajo para salir luego de noche a reunirme con colegas literatos. Y, viviendo entre dichos grupos, se me fue

planteando el problema que desde mucho antes de confiarlo al papel había bautizado en mi fuero interno con el nombre de "las dos culturas". Son dos grupos polarmente antitéticos: los intelectuales literarios en un polo, y en el otro los científicos. Entre ambos polos, un abismo de incompreensión mutua; algunas veces (especialmente entre los jóvenes) hostilidad y desagrado, pero más que nada falta de entendimiento recíproco. Los científicos creen que los intelectuales literarios carecen por completo de visión anticipadora, que viven singularmente desentendidos de sus hermanos los hombres, que son en un profundo sentido anti-intelectuales, anhelosos de reducir tanto el arte como el pensamiento al momento existencial. Cuando los no científicos oyen hablar de científicos que no han leído nunca una obra importante de la literatura, sueltan una risita entre burlona y compasiva. Los desestiman como especialistas ignorantes. Una o dos veces me he visto provocado y he preguntado [a los no científicos] cuántos de ellos eran capaces de enunciar el segundo principio de la termodinámica. La respuesta fue glacial; fue también negativa. Y sin embargo lo que les preguntaba es más o menos el equivalente científico de "¿Ha leído usted alguna obra de Shakespeare?" (Snow 14 y 24).

Lo único improbable de la predicción de Snow es que los humanistas contestasen hoy día altaneramente: para la gente y, a menudo, para ellos mismos, lo que hacen es una especie de entretenimiento inofensivo.

Sobre impactos y JCR

Anda el gallinero académico completamente alborotado con los nuevos criterios de evaluación que influyen decisivamente en sus expectativas económicas, laborales y de promoción profesional. Sucede que hasta ahora los profesores de Humanidades sabían lo que tenían que hacer: investigar sobre temas que les apasionaban e intentar transmitir dicho apasionamiento a los estudiantes. Bueno, pues ahora resulta que ya no, y la culpa –dicen– la tiene Bolonia. Ahora lo que importa es tener muchos impactos (¿) y que tus trabajos aparezcan en un inventario apellidado misteriosamente JCR (*Journal Citation Reports*), una especie de *registro de impactos*. El lector no avisado podría creer que los impactos son tus aciertos, como en un concurso de dardos del pub o en un tiro al blanco de la feria: esto sería razonable, has acertado muchas veces en tus hipótesis sobre arte, historia, literatura, lingüística, etc., y el sistema te lo tiene que reconocer. Pero no, resulta que es al contrario, lo que importa no es lo que tú impactas, sino lo mucho o poco que te impactan. Es como si dijéramos que San Sebastián, el famoso santo al que representan acribillado a flechazos, fue mucho más santo que San Buenaventura, quien vivió tan feliz en su convento y murió plácidamente en la cama. En la vida académica sucede lo mismo. Si logras que te citen muchas veces, aunque sea para ponerte verde, llegarás a completar un elevado índice de impactos y así seguro que te ascienden o que te aprueban el periodo investigador que estás sometiendo a evaluación y que influye decisivamente en tu sueldo y en tus horas de trabajo. La conclusión es obvia: escribe un artículo sosteniendo que Lope de Vega era homosexual, que la batalla de Maratón fue un genocidio o que la Mona Lisa era la hija bastarda de Leonardo (mejor si de paso sugieres que ella era transexual y que el verdadero autor del cuadro fue Miguel Ángel) y a vivir, que son dos días.

Por desgracia esto no es suficiente. Además de los impactos es muy importante saber que ya no vale publicar libros –¡como Newton, como Husserl, como Sartre!–, tienen que ser artículos y necesariamente en una revista JCR. ¿Y eso que es? Pues por lo pronto, una revista en inglés. OK, pero ¿y si escribimos sobre el adjetivo en Lorca o sobre el pórtico de la gloria de Moissac, no sería mejor hacerlo en español o en francés? No importa, si el artículo no está en inglés, no vale nada. Maestros tiene la santa madre iglesia: daremos a traducir nuestros trabajos y así ayudamos a paliar el paro. Con todo, lo más importante es lo del JCR. Resulta que un

trabajo es JCR (como si dijésemos *jamón de crianza y recebo*) cuando ha sido evaluado por el procedimiento de pares ciegos y cuando se ajusta al método empírico consistente en aplicar una fórmula matemática a los datos del experimento. Lo de los pares ciegos nos dejó intrigados al principio y pensábamos que era una manera de integrar a los dependientes en la vida académica, pero luego resultó que no, que consiste en enviar el artículo a dos amigos y hacer como que no te conocen. Más problemático resulta lo de la fórmula y lo del experimento. Como en Letras lo único que se pueden hacer son estudios estadísticos, todo ha quedado en contar cosas: ahora sabemos que la conocida interpretación de las *Soledades* que firmó Dámaso Alonso era una solemne tontería, pero que un conteo exhaustivo de los endecasílabos, las preposiciones y las referencias mitológicas de este poema es canela científica fina, puro JCR de lujo. Pues qué bien.

Vuelvo a Bolonia. Contra lo que pueda parecer, Bolonia no tiene la culpa, ha habido países que han pasado olímpicamente de lo que se acordó allí y sus humanistas están tan angustiados por las nuevas normas como nosotros. Más aún: los profesionales de países no europeos como Estados Unidos, Australia o Japón padecen en la misma medida los impactos y los JCR. Hay quienes sostienen que con los nuevos baremos ni Kant ni Lévi-Strauss habrían sido nunca profesores de universidad. No les falta razón. En realidad, ni siquiera Chomsky, a quien invocan como santo protector muchos de los baremadores que repiten machaconamente sus postulados, sería *professor* del M.I.T: al fin y al cabo, que se sepa, casi todo lo que ha publicado son libros –*vade retro*– y, lo que es peor, muchos de ellos de política. Un *dilettante*, en suma. Se me podría objetar que estas cosas han sucedido siempre y que las propuestas innovadoras han tenido dificultades en todo momento para su aceptación. En apoyo de este aserto se suele citar el libro de A. Kuhn sobre las revoluciones científicas, las cuales rompen con el marco consolidado de la llamada ciencia normal y solo logran imponer el nuevo paradigma, previa destrucción del anterior. Pero esto, que vale para las ciencias, tan apenas tiene sentido para las humanidades. En el mundo de la ciencia natural las novedades suelen acarrear a la larga el reconocimiento de la comunidad científica, con la conocida dificultad añadida hasta hace muy poco, para abrirse camino, de las mujeres según demuestran los casos de Lise Meitner, Jocelyn Bell o Rosalind Franklin, etc. Pero los humanistas no responden a este patrón porque, al investigar los productos mentales y emocionales del ser humano, y ser humanos ellos y ellas a su vez, forzoso es que casi todo lo que proponen encuentre sus raíces en la tradición.

Los humanistas no somos inmunes al entorno

Desde luego no voy a pretender que algún ser humano pueda mantenerse al margen de su entorno vivencial. Todos los científicos, los que estudian la naturaleza y los que estudian el ser humano, estamos cargados de prejuicios y es inevitable que estos influyan en nuestras concepciones gnoseológicas. Sin embargo, mientras que la historia de las ciencias naturales ha consistido justamente en desautorizar dichos prejuicios, la de las humanidades se ha basado en irlos asimilando y, consiguientemente, neutralizando, que no es lo mismo. ¿Quién podría oponerse sensatamente al sistema tolomaico si todos vemos que por las mañanas el sol sale por oriente, viaja a lo largo de un firmamento inmóvil y a la caída de la tarde se pone por occidente? Bueno, pues Kepler, Copérnico y Galileo se opusieron y así la Física y la Astronomía dieron un paso de gigante. ¿Quién podía creer que los perros y los gatos, las rosas y los claveles, no existen desde siempre? Bueno, pues Darwin arrostró todo tipo de desprecios y de presiones al sostener todo lo contrario y por eso la Biología dio otro salto de gigante. No ha habido tal cosa en Humanidades. Platón y Aristóteles encarnaron respectivamente la postura idealista y la racionalista y, con diversos ropajes, entre ellos los figurines de la polémica escolástica de los universales, nos volvemos a encontrar un debate parecido en Fichte frente a

Comte muchos siglos después, aunque los tornasolados de la oposición ya hayan variado, como volverán a modificarse al comparar a Carnap con Russell, por ejemplo. Se quiera o no, los humanistas somos siempre un reflejo del pensamiento social y de las contradicciones de la época que nos ha tocado vivir. Nuestra misión no es demostrar, sino argumentar y convencer a los demás de la validez de nuestro punto de vista.

Por eso pienso que es preciso prestar la debida atención a lo que podríamos llamar la epistemología de la red, pues tal vez contenga una clave para diagnosticar la actual dolencia de las Humanidades, de la que los impactos y los JCRs son un síntoma, pero de ninguna manera su causa principal. Hasta hace muy poco nuestro trabajo consistía en buscar al ser humano en los actos, en los textos y en las imágenes producidos por los grandes creadores, desde Carlomagno hasta Picasso pasando por Shakespeare. Se acabó. Ahora resulta que vales en función de los megustas que te jalean en la red. Da lo mismo que te aplaudan por bueno, por malo o por bufón. También da lo mismo que seas un genio o un idiota. Ni siquiera tienes por qué someter a la valoración de los demás tus opiniones que, más o menos acertadas, son algo que un caballo o un zorro no podrían emitir. En los mismeos les enseñas la punta de la nariz y a lo mejor hasta se vuelcan entusiasmados. Me dirán que estos síntomas tan preocupantes, que nos retrotraen a la exhibición de colores y órganos sexuales en el cortejo nupcial de muchas especies, se arreglarían si fuésemos capaces de volver a instaurar baremos de calidad, es decir, a consolidar un criterio de gusto social frente a los megustas de la red. La cuestión es si tal cosa resulta posible.

Arde la red: bueno, ¿y qué?

Para hacernos una idea de los pros y los contras de incendiar la red consideremos un aspecto que nada tiene que ver –en apariencia– con las Humanidades, el de su dimensión política. Recuerden la revolución de los indignados españoles, casi todos ellos jóvenes internautas que habían incendiado la red porque vivían en un mundo diferente al que les rodeaba y constreñía. Lo malo es que, con toda su fascinante capacidad de movilización, las redes sociales son hasta cierto punto autorreferenciales. Se adhieren fulminantemente a esto o a aquello, pero no acaban de llegar al conjunto de la ciudadanía, a la señora que compra en el mercado, al jubilado que pasea el perro o al camarero que nos atiende en el bar. De ahí el fracaso del movimiento 15-M en su intento de modificar el mundo. Fue bonito mientras duró, pero ... por desgracia, el paraíso virtual no nos permitirá rehuir la realidad de cada día.

Es verdad que el propósito de todos estos movimientos alentados por las redes sociales lo constituye el cambio de mentalidad y no la participación en el sistema político vigente. En este sentido se podría decir que los indignados fueron –¿son? ¿serán?– una especie de humanistas. Como dice Manuel Castells:

Estos movimientos raramente son movimientos programáticos, excepto cuando se centran en un único objetivo: acabar con la dictadura ... Por tanto los partidos políticos no pueden captarlos (ya que la desconfianza en ellos es general), aunque puedan aprovecharse del cambio de mentalidad provocado por el movimiento en la opinión pública (Castells 217).

La cuestión es si será suficiente, es decir, si el sistema es capaz de regenerarse ante dichos estímulos ejemplificadores.

Los jóvenes que se lanzaron a las plazas en distintas ciudades del mundo árabe –y que han sido señalados como un claro antecedente de los indignados españoles– tenían motivos parecidos para movilizarse. Lo que no tenían coincidentemente es un proceso de disolución del marco estatal. Quiero decir con esto que los jóvenes tunecinos iban contra el régimen de Ben Alí para mejorar Túnez y los egipcios contra el de Mubarak para mejorar Egipto, pero los españoles no iban contra este o aquel gobernante, iban contra el sistema como tal. Precisamente

esta circunstancia ha determinado el desinfe del movimiento español 15-M, el cual ha visto triunfar en su seno las corrientes antisistema y se ha negado a participar en las elecciones labrando así su ruina política. Es verdad que en las últimas elecciones europeas surgió en España el nuevo partido *Podemos* reclamando la herencia del 15-M y que desde entonces no ha hecho más que crecer (ahora mismo, febrero de 2015, sus expectativas electorales lo sitúan en primera posición con un 27% de los sufragios). Sin embargo, *Podemos* no es el 15-M, es un partido de orientación bolivariana (de hecho, lo financia Venezuela) que ha aprovechado la rebelión contra el sistema establecido que el 15-M había propiciado.

Esta impotencia de las redes sociales para cambiar el mundo no es algo exclusivo de España, se da en otros países europeos como Italia, Francia, Gran Bretaña o Portugal también, aunque andan lejos de nuestro 50% de paro juvenil. Lo curioso es que en España el sentimiento de la inanidad de las redes es mucho más intenso que en los demás lugares. Es notable que los indignados españoles del 15-M, que han proyectado su luz revolucionaria sobre todo el mundo occidental, por desgracia también han proyectado su propia incapacidad para culminar el proyecto de cambio. Probablemente fue la única vez, desde el descubrimiento de América, en la que un acontecimiento ocurrido en España ha tenido proyección en el mundo occidental. Y sin embargo, parece que fue un sueño. No es que los indignados de Sol y de la plaza de Catalunya no tuvieran motivos para estar hartos. Pero corrupción la hay a raudales en muchos países. Democracia aparente, también. Y dificultades de la juventud para encontrar su sitio en el sistema social, igualmente. Así que las razones del aquietamiento de los ánimos deben buscarse en otra parte.

A mi modo de ver lo que les ha atado las manos es un exceso de narcisismo que ha convertido la ebullición revolucionaria en meros fuegos de artificio. Permítanme ensayar una metáfora para entenderlo. Como es sabido, en un sólido las moléculas están a distancias fijas, en un líquido resbalan unas sobre otras y en un gas se separan todavía más mientras se mueven alocadamente. El paso de un estado a otro lo provoca el aumento de la temperatura con el consiguiente incremento de las tensiones intermoleculares. Pues bien, en las sociedades ocurre lo mismo. Cuando una sociedad más o menos estable se ve agitada por tensiones de diverso tipo, los individuos comienzan a moverse. Mientras lo hagan al unísono, el movimiento, como en los líquidos, solo afectará al recipiente en el que están insertos. Pero cuando el aumento de la energía sea insoportable, habrá un cambio brusco y cada molécula tirará por su lado convirtiendo el conjunto en un gas en expansión que escapa del recipiente por todos lados. Esto es lo que ocurre cuando arden las redes sociales. En otros tiempos, la irritación de los desposeídos se plasmaba en organizaciones políticas y en sindicatos, los cuales cohesionaban y encauzaban las tensiones del grupo. Pero en la efervescencia de las redes no hay, por su propia naturaleza, ningún principio estructural capaz de imponer una pauta; un día, el mecanismo de los megustas encumbra a una de ellas y al siguiente, sin razón aparente, a otra. El resultado, naturalmente, es la inanidad. *Arde la red*, dicen los titulares de los periódicos. Y uno se pregunta: Bueno, ¿y qué?

En el fondo, lo que le ocurre a la red es lo mismo que le ocurre al mundo moderno. Es curioso que los dos ejemplos de arriba –el mundo líquido y el mundo gaseoso– hayan sido propuestos respectivamente por dos filósofos que gozan de notable predicamento en la actualidad: Zygmunt Bauman y Peter Sloterdijk. Según Z. Bauman (2003) los modelos y estructuras sociales ya no perduran como antes y los seres humanos están condenados a cambiar constantemente de ubicación territorial, cognitiva o afectiva y a migrar. El mundo líquido es un mundo cambiante en el que resulta muy difícil crearse una identidad porque en la sociedad de consumo todo se recicla y el yo se vuelve ondulante y resbaladizo. Tanto es así que, como sostiene P. Sloterdijk (2005) el mundo líquido acaba convertido en espuma, en una suerte de masa gaseosa hecha de celdillas desiguales, frágiles y aisladas, las cuales se unen transitoriamente en distintos centros de interés que, paradójicamente, carecen de centro

orientador en absoluto.

¿Podrían llegar a arder las Humanidades?

A las Humanidades les está pasando algo parecido. También aquí se han perdido las referencias sólidas y todo se presenta como efímero, cambiante, extraterritorial y, en el fondo, inútil. Nunca ha habido tantos libros sobre el canon, artístico, filosófico o literario, seguramente porque se registran las obras de referencia con carácter de urgencia en la sospecha de que dentro de poco ya no serán operativos. Esto ha ocurrido siempre con el canon. Sin embargo, ahora es diferente. En anteriores listas canónicas se advertía la obsesión por registrar un mundo inmemorial para que siguiese inspirando los productos culturales de la actualidad: así el canon bíblico, el de los filólogos del museo de Alejandría o la *Poética* de Luzán. Sin embargo, uno tiene la impresión de que desde la revolución digital se ha producido una ruptura irreversible y de que *The Western Canon: The Books and School of the Ages* (1994), la conocida obra de Harold Bloom, no solo señala hitos de la literatura occidental, fundamentalmente viene a ser un panteón de textos extraños que dentro de muy poco hasta sus nietos serán incapaces de descifrar.

Hemos pasado de la piedra Rosetta a los enigmáticos petroglifos de Nazca. Aquella contenía las claves de su traducción al incluir una versión griega de los textos egipcios. En cambio, estos se mantienen herméticamente inefables. Por supuesto que las pasiones humanas de ahora siguen siendo las de Madame Bovary, las de Macbeth, las de Don Quijote. También sus problemas, como comprobamos cotejando los personajes galdosianos con la situación actual: la de Bringas, que da cien vueltas a todos los pobres burgueses endeudados y venidos a menos de ahora mismo, las Miau, siempre esperando que le den un empleo al cabeza de familia, la serie de Torquemada, aquel prestamista siniestro que sabía lo suyo de crisis bancarias y otras lindezas. Pero ya nadie está dispuesto a meterse un texto de más de tres millones de caracteres ente pecho y espalda. Y aun la mayoría de la gente con ciento cuarenta caracteres tiene suficiente. Con lo cual resulta que las Humanidades no es que ardan inútilmente a la manera de la red, es que ni siquiera han llegado a encender la hoguera por falta de combustible.

¿Soluciones? Si las hay, deben ser de tres tipos, unas relativas a la forma, otras al contenido y unas terceras, en fin, a las condiciones de uso.

¿Soluciones?

Formalmente, resulta que el público hodierno no está dispuesto a consumir textos extensos ni a pagar por ellos. Por lo que respecta al contenido, se rehúye cualquier tipo de reflexión profunda que exija un esfuerzo sostenido de la atención. Y en cuanto al uso, habrá que tener presente el narcisismo de los usuarios, mucho más interesados en admirarse a sí mismos que en admirar a los demás, menos todavía en reconocerles algún tipo de superioridad cultural, aunque esta sea el resultado de muchos años de práctica y estudio. No es un panorama tranquilizador, ciertamente. Pero, nos guste o no, como dicen ahora, es lo que hay y de aquí debemos partir. Aviso a navegantes: no sirve de nada lamentarse por los tiempos pasados, ya nunca volverán. Puede que la escritura sostuviese toda una cultura que reemplazó exitosamente a la oralidad tradicional durante milenios y puede que la imprenta aún mejorase las prestaciones de aquella durante varios siglos. Ahora estamos en la era digital y a ella debemos atenernos.

Anotaré algunas sugerencias sobre cómo podríamos proceder. Lo primero: digitalizar las Humanidades. Lo cual no significa solamente editar a partir de ahora en soportes digitales, esto ya se viene haciendo cada día más. Digitalizar las Humanidades significa que los humanistas salten a la palestra del debate digital en sus múltiples foros y modalidades. Desde

luego que resulta irritante debatir en Facebook con gente que no tiene ni idea de lo que está hablando, gente cuya referencia la constituyen, con suerte, los *best-sellers* y los libros de autoayuda. Y más irritante todavía resulta digerir en Twitter ingeniosidades que habrían hecho enrojecer a Gracián o a Montaigne. Sin embargo, hay que ser consciente de que nadie nace humanista y de que los monjes que pacientemente rescataron la cultura antigua durante la Edad Media copiando manuscritos en sus cenobios, los eruditos del Renacimiento que lograron interesar a bárbaros señores de horca y cuchillo en las bellas artes y los humildes maestros que desde la revolución industrial han ido salvando a millones de niños de la ignorancia no partían de presupuestos más alentadores.

Lo segundo: preocuparse por crear redes de adeptos, no dando por supuesto que la excelencia ha de triunfar por simple imitación. El público de ahora ya no imita a los mejores, participa en determinadas redes sociales y los pensamientos triunfan en la red, tan apenas en la comunidad en general. Naturalmente que estas redes están enlazadas unas con otras y que, en última instancia, su única limitación la constituye la lengua (o mejor dicho el universo lingüístico intercomprensivo) en la que se expresan. Hemos pasado de querer aprender a querer compartir. Antiguamente los bienes culturales se aprendían: el docente estaba arriba y los discentes, abajo. Ahora los bienes culturales existen en un caldo de cultivo hecho de intercambios y hay que aceptar que, si bien las contrapartidas que uno recibe no siempre se adecuan al justiprecio, a la larga la cultura y el humanista que la propaga salen ganando. Digamos que es una inversión de futuro.

Lo tercero: las Humanidades no pueden aspirar a enrolar alumnos, más bien tienen que habérselas con *freakies* a los que enganchan (tanto es así que yo mismo he titulado mi blog *Lingüística para frikis*: <http://alopez.unoyceroediciones.com/>). Se acabó la época en la que los estudios humanísticos, llámense facultades de Letras, de Educación o de lo que sea, proporcionaban la clave para acceder a puestos de trabajo, como siguen y seguirán haciendo las de Economía, Medicina o Ingeniería. En el nuevo panorama cultural y económico del siglo XXI, los humanistas hemos llegado a ser la planta de complementos de unos grandes almacenes educativos, somos las materias que apetecen, no las que se exigen. Este paradigma de la opcionalidad exige rigurosas técnicas de mercadeo que a primera vista están reñidas con la seriedad académica. Dicho de otra manera: prohibido aburrir a los alumnos. Las universidades de Estados Unidos –que no en vano este país es la cuna de las innovaciones– lo entendieron mucho antes que las europeas al completar el curriculum de cada *major* con un *minor*, de contenido generalmente humanístico. En los Estados Unidos no es nada sorprendente que uno estudie Ingeniería de Telecomunicaciones y la complete con Historia de Bizancio, Lengua polaca o Arte japonés. El ser humano es una mezcla compleja de necesidades y de afectos y las Humanidades harían bien en volcarse en la satisfacción de los segundos.

Reflexión final

Hay que prevenir al lector, empero, contra la tergiversación de las Humanidades a que se ha llegado ante el temor de los profesionales a perder su puesto de trabajo por falta de clientes: los estudios humanísticos no son “entretenimientos” propios de jubilados, aunque constituyan la parte del león de los programas que las universidades dedican a la tercera edad. *Los estudios humanísticos están al servicio del ser humano para cambiar el mundo, nunca para dejarlo como está.* En lo cual coinciden con todos los demás, con los de Medicina cuando aspiran a prolongar y mejorar la vida o con los de Ingeniería cuando se proponen encontrar instrumentos que la hagan más cómoda y eficaz. Las Humanidades deben tener como objetivo la mejora de la condición humana y de la conciencia que los seres humanos tenemos de nosotros mismos. Cualquier desvío de este objetivo fundamental constituiría una traición intolerable al legado de los que nos precedieron. Ellos y ellas, los Juan Luis Vives y las Teresas

de Ávila, tan solo lamentaron la precariedad de los medios de que disponían para llegar a un círculo suficientemente amplio de personas. El mundo digital ha hecho saltar esta barrera por los aires, nunca mejor dicho: ahora solo falta que aprovechemos la ocasión para obrar en consecuencia.

Obras citadas

Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. México: FCE, 2003.

Castells, Manuel. *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: AE, 2012.

Sloterdijk, Peter. “Espumas”, en *Esferas III*. Barcelona: Siruela, 2005.

Snow, Charles P. *Las dos culturas y un segundo enfoque*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.